

*El alma y el poder de la palabra:  
Edith Stein y el diario de  
Santa Teresa de los Andes*

*Corina Rosenfeld K.*  
Departamento de Literatura  
Universidad de Chile

ABSTRACT

This article examines the Diary of Santa Teresa de Los Andes to find a vital process that goes beyond the Diary's words: the hidden life of the author's soul, in terms that the philosopher Edith Stein describes from a principally phenomenological point of view.

El Diario de Santa Teresa de Los Andes es un texto que se lee muy fácilmente por su amenidad y sencillez de lenguaje. La lectura es tan fácil, que después de ella y recordando quién es su autora, cabe preguntarse qué tiene este Diario de especial, por qué razón el lector percibe que hay en él algo más que lo aparente, algo difícil de identificar pero que "llega". La sola lectura no cierra estas interrogantes, y uno se pregunta por qué persiste la vaga sensación de lo extraordinario, dónde reside, cómo se manifiesta. En todo caso, queda claro de inmediato que en el Diario hay algo más que las puras palabras, tan simples, tan cotidianas, tan típicas de cualquier muchacha de su edad y de su época, tan coloquiales. En este artículo quiero asomarme al secreto de este Diario, del que su autora da pistas literarias muy concretas y que lo transforman en un texto único en su género, pues no sólo pone ante los ojos de sus lectores un espectáculo que no acontece en un espacio físico, sino que también los transforma en partícipes y testigos de lo que en ese espacio inmaterial sucede.

¿Cómo sucede esto? Para responder, en primer término debo hacer notar que

un diario suele no tener destinatario en el sentido en que lo tiene una carta, pero que éste lo tuvo real y concretamente en la persona de una religiosa a quien Teresa de los Andes quiso mucho. Sin embargo, esta destinataria inicial, a quien ella se dirige frecuentemente al comienzo del diario, desaparece pronto para ser reemplazada en el resto del texto por seres divinos, principalmente Dios, Jesús y la Virgen, que son constantemente interpelados por Teresa. De modo que, a medida que progresamos en la lectura y habiendo desaparecido la destinataria concreta inicial, vamos participando directamente en el discurso interpelativo de Teresa con los seres divinos. Este discurso lo leemos en primera instancia “como si” fuéramos aquellos seres divinos, lo leemos como dirigido a nosotros hasta el momento en que captamos la destinación divina del discurso, lo que da lugar a que, a través de la lectura, irrumpamos al mundo sobrenatural al que estos seres pertenecen y a “experimentar” muy de cerca lo que se relata y se describe.

En segundo lugar, este diario comienza con una autobiografía bastante extensa, por lo cual pertenece realmente a dos géneros. Este hecho implica que requiere también de dos diversas situaciones de lectura, es decir, de dos tipos diferentes de reglas de lectura: en cada género se constituye una situación comunicativa diferente, con sus reglas propias. Este texto, entonces, infringe dos reglas básicas de su género: está dirigido a alguien (destinación que después se desvanece) y contiene una autobiografía.

La dualidad genérica del texto (que implica la dualidad de los pactos de lectura para la autobiografía y para el diario de vida) y el desaparecimiento de la destinataria real inicial para dar paso a la irrupción de los destinatarios divinos, se refuerzan mutuamente en la producción de una fuerza específica de este texto, cuyo efecto se manifiesta en introducir y mantener al lector en un ámbito sobrenatural.

Sin embargo, hay más. Nada de lo expuesto anteriormente resuelve la sensación de misterio que deja la lectura, esa sensación de que hay algo más, aludida al comienzo. En busca de una clave para saber en qué consiste este “secreto”, recurriré a la teoría del alma de Edith Stein, fenomenóloga alemana quien, en su monumental obra *Ser finito e infinito*, expone una teoría del alma que me permitirá complementar lo arriba expuesto con un examen de este Diario desde una perspectiva diferente a la literaria pero “homogénea” a lo que él es y desde “adentro”, teoría que ahora describiré.

Esta teoría del alma forma parte de un vasto tejido conceptual que sintetiza conceptos básicamente aristotélicos y tomistas, trabajados en la forma profunda y exhaustiva de la fenomenología, integrando también muchos conceptos de fenomenólogos contemporáneos. Dada su enorme complejidad, me remitiré sólo a una parte mínima de esas ideas y a unas pocas más que les están estrechamente vinculadas para mis propósitos. Parafrasearé en lo que sigue el pensamiento sobre el alma de Edith Stein, que abarca principalmente desde las páginas 229 a la 408 de la versión alemana de su obra.

Para situar mi ámbito de interés diré que E. Stein señala que los seres vivos pertenecen a tres clases: plantas, animales y hombres, todos los cuales tienen alma. Desde ya vemos que se trata de un muy especial concepto de alma. El alma es la vida escondida que configura la entidad material que llamamos cuerpo, que no es sólo física ya que recibe su carácter peculiar del hecho de estar habitado por un alma. El hombre es un ser personal, espíritu-alma-cuerpo, que une en su individualidad los tres reinos: el espiritual, el corporal y el anímico. Su alma es su centro como ser vivo y se caracteriza por llevar en sí el poder de configurar su cuerpo, y como ser espiritual, también a sí misma, a tal punto que E. Stein dice que el hombre tendrá poder sobre su cuerpo en la medida en que lo tenga sobre su alma. Esta configuración se produce por medio del libre actuar humano, pues el hombre como persona es libre ante su alma y ante su cuerpo. El actuar del alma comienza ya con la percepción sensorial, que cuando es consciente se constituye en conocimiento, actividad espiritual en su mayor parte libremente asumida. La vida interior del hombre consiste en ser "consciente", y su yo es un yo despierto, alerta, que puede mirar libremente tanto hacia su interior como hacia el mundo que lo rodea y percibirlos, recibiendo desde sus sentidos y desde su interior comprensivamente lo que le llega y respondiendo libre y personalmente a ello. A causa de esta libertad de acción y de ser capaz de salir de sí mismo permaneciendo en sí mismo a pesar de ello, el hombre es un ser espiritual portador de su vida. Su alma es su "centro", un espacio entre la espiritualidad del hombre y su corporalidad, que están mutua e íntimamente entrelazadas.

El ser humano percibe su cuerpo desde adentro por medio de sus sentidos, pero no puede salir de él para observarlo desde afuera. Ve que es suyo, que vive en él, que todo lo que le sucede a su cuerpo le sucede también a él mismo. El cuerpo es su casa, nacida con él. La percepción sensorial se transforma en vida personal en tanto el hombre hace lo que hace libremente y consciente de su sentido. Dar un paso, tomarse un café, ir de paseo, son actos en los que co-opera el cuerpo, que es sentido en su co-operación. Así, el cuerpo deviene herramienta de sus actos y pertenece a la unidad de su persona.

La percepción consciente ya constituye vida interior y puede darse como tarea conocer el cuerpo o dirigirse a su interior. Así, puede atender libremente y desarrollar un pensamiento que surge o desecharlo, y realizar actos como prometer, decidir, permitir, seguir un impulso después de surgido y evaluado; todos ellos son actos del yo en los que éste determina su ser, creando su propia vida al comprometerse en un camino determinado y entregándose a ciertos contenidos vitales. Estos actos corresponden a la asunción de los contenidos que se le ofrecen al alma a modo de estímulos provenientes desde el mundo exterior y desde su propio interior. Así, el alma como ser espiritual puede subir por encima de sí misma e involucrarse con el mundo exterior de acontecimientos y personas con los que se relaciona comprensivamente, sin dejar de habitar en su yo personal donde se toma posición ante todo lo

que llega, constituyendo un sí mismo “cerrado” en cuanto definido y personal.

El alma no es un espacio vacío y no puede vivir sin recibir; necesita alimento, al igual que el cuerpo, y este alimento son los contenidos que vive espiritualmente. Muchos de sus procesos son inconscientes, análogamente a los del cuerpo, que no es consciente, por ejemplo, de su propio crecimiento; de este modo, una emoción que creemos olvidada irrumpe sin que lo queramos inesperadamente tiempo después. Pero la vida alerta y despierta del yo es el camino de acceso al alma y a su vida escondida. “Todo lo que vivo viene de mi alma, es encuentro de mi alma con algo que la impresiona” (Stein, 1950: 346). Es la percepción consciente donde el alma se conoce a sí misma, pero puede dar un paso más y reflexionar sobre lo percibido, transformándolo en “objeto”, viéndose y encontrándose a sí misma en este acto reflexivo. Es en la vida del yo donde aflora la vida escondida del alma hacia la claridad de la vida consciente, donde el yo se abarca en su cuerpo y alma como persona. Es en ella donde se produce también la configuración de sentido, que ocurre cuando la persona aborda una realidad vivencial como contenido y dotada de “sentido”. Vivimos configurando y dando sentido a las vivencias, y en esto consiste la vida espiritual. A todo le damos sentido, no sólo a lo que viene del cuerpo y de la interioridad, y así lo configuramos: nuestro cuerpo (cuánto y cuándo dormimos, descansamos, etc.) pero sobre todo nuestra alma como espíritu, a través de la libre actividad de la persona (vivencias, decisiones, resoluciones, etc.). La capacidad de autoconfiguración del alma proviene de que puede llegar a ser consciente de la vida de su yo y de que su conducta es libre, aunque su libertad no sea absoluta. Por supuesto, su conducta dejará huellas en el alma, las que le darán su carácter peculiar. Para que esta configuración sea lo más libre posible, el alma necesita “saber” de sí misma y tomar posición, llegando a sí misma en una doble tarea: conocerse y llegar a ser lo que puede y debe ser.

La actividad de conocerse el alma es un proceso de naturaleza espiritual. El paso más primario es la consciencia que acompaña la vida del yo. Vivimos nuestros actos vitales como surgidos de una profundidad mayor o menor -el alma- que irrumpe en la vida del yo a la luz de la consciencia. Esta alma y su yo personal pueden ser progresivamente abarcados por el autoconocimiento libremente emprendido, pues la consciencia espontánea puede ser transformada en libre actividad de conocimiento. Si uno atiende a un sentimiento, este atender ya es algo nuevo, otra vivencia. Puedo volver la mirada hacia una profundidad hasta ahora escondida de mi alma e iluminarla. Por ejemplo, si desaprensivamente dije algo que ofendió a una persona, me doy cuenta de la clase de persona que soy y de lo que tengo que hacer para mejorar: no hablar sin antes pensar lo que digo. Pero este darme cuenta no impide que siga siendo la misma persona que era antes: no he llegado al fondo de mi alma ni a una auténtica configuración de ella. Sólo una vivencia primaria devela algo del ser del alma que vive en la vivencia y en ella surge a la luz. Y sólo un proceso vital o vivencial primario posibilita una real configuración del ser del alma humana. Es lo que sucede

si a causa de esta ofensa a otra persona percibo el mal que hice: ahí me doy cuenta de lo que es y de lo que sucede con la ofensa, me desespero por las graves consecuencias de mi conducta y me odio viéndome a mí mismo tal como soy, arrepintiéndome de mi conducta. Se produce entonces un auténtico sentimiento, la contrición, que hace posible la renovación interior del alma.

Hay muchas vivencias que pueden renovar el alma alimentándola, incluso si las "olvidamos": un paisaje hermoso, alegres risas infantiles, una palabra de aliento; todos ellos elementos que vienen del mundo exterior, accesible a través de la vida del yo. Muchas veces ni siquiera sabemos cuánto nos afectan. Pero todo lo que viene de los sentidos es asumido por el alma como expresión de algo espiritual a causa del sentido de que lo investimos, y en lo más interior del alma estos contenidos asumidos son trabajados, transformándose en fuerzas generadoras de vida. Este proceso de elaboración lleva su tiempo y está asociado con una toma de posición e incluso con acciones. Los sentidos que el alma da a los estímulos constituyen la vida espiritual-anímica del alma, articulada en un gran contexto de sentido, el que a la vez es un contexto de acción. Quien viva en la superficie tendrá poco que hacer consigo mismo, con su alma. Quien viva recogido en la profundidad de su interior está en camino de la plenitud de su ser, pues conoce y dispone de sus fuerzas libremente. Vive una vida plena y alcanza lo máximo de su ser. Quien sepa del sentido de su ser podrá trabajar esas fuerzas e incluso sentirá la necesidad de hacerlo. Este saber trae consigo la irrupción de lo profundo hacia la luz a través de los acontecimientos destacados de la propia vida.

Cuando está en su interior, el alma se abre hacia sí misma, sintiendo lo que es y en qué estado está; advierte el significado y alcance de lo que le llega. Pero no se trata de un conocimiento racional-conceptual expresable en palabras, sino de un sentir espiritual en que lo que surge es la voz de la conciencia, que guía el alma hacia lo correcto, la detiene ante lo incorrecto y juzga sus hechos y los estados en que queda el alma después de los hechos. La conciencia manifiesta cómo los hechos están enraizados en lo profundo del alma y muestra los lazos del yo con esa profundidad. Esta voz de lo profundo llama al alma una y otra vez hacia el lugar al que pertenece para dar cuenta de sus actos y para constatar los efectos que han producido.

La vida consciente del alma sólo es posible cuando ha despertado a la razón. Su tendencia natural es la de interactuar con el mundo exterior, pero para penetrar en sí misma debe haber sido atraída hacia allí a través de las exigencias que le llegan y por la voz de la conciencia. Sólo puede permanecer en este ámbito interior si éste está lleno de otra cosa que la atrae con más fuerza que lo externo: Dios. Quien busque a Dios se retirará a la soledad de su propio interior para permanecer allí amorosamente en oscura fe ante Dios, quien, aunque velado, está ahí. Este es la experiencia que tan bien conocen los místicos.

Lo que hay en el Diario de Teresa son más que nada los "actos" de su alma. No se queda en los hechos externos de la vida diaria, sino en los actos interiores.

operaciones que ella realiza en el interior de su alma y que nos muestran tanto su camino a la consciencia, su desarrollo y su dimensión, como su transcendencia hacia el exterior. Nos muestran también el modo en que los hechos de su vida diaria fueron llenándose de significados distintos a medida que iba interpretándolos según su maduración personal. Lo que le importaba de su vida transcurrió en su interior, sin que esto quiera decir que los sucesos de su vida familiar y social no la afectaran: todo lo contrario. Los asumió sintiéndolos plenamente y los llenó de contenido más allá de su mero significado externo: la muerte del abuelo, el empobrecimiento gradual de la familia, los veraneos en el campo, sus problemas de salud, estar interna en el colegio, su relación con los padres, los hermanos, las amigas, las profesoras y las hermanas del monasterio.

A la luz de todo lo dicho por E. Stein, quiero destacar que desde el principio de su Diario Teresa está consciente de lo que hay en él. La dedicatoria nos sitúa respecto de todo lo que sigue: “La historia que Ud. va a leer no es la historia de mi vida, sino la vida íntima de una pobre alma...” (S. Teresa 1993:27). Está consciente de que esta historia comienza en un punto específico: “Aquí tiene mi historia desde que me di cuenta de todo, es decir, los seis años o antes (S. Teresa 1993:27). Usa insistentemente el término “alma”, y, desde este “darse cuenta de todo” asume desde el principio una mirada crítica ante sí misma, que proviene, según hemos visto, de su conciencia: se mira a sí misma, juzga sus actos y toma decisiones con respecto de lo que tiene que “trabajar” en ellos. Se describe a sí misma: de pequeña no era rabiosa, pero sí regalona, tímida, sensible, tenía grandes deseos de comulgar y no podía por su edad, la más bonita de sus hermanos, vanidosa. Más adelante se vuelve rabiosa, iracunda, llorona y echa de menos dejar ser la regalona, sobre todo en presencia de una prima. Preparándose para su Primera Comunión se esfuerza por cambiar su carácter y lo logra: obedecer, no pelear, reprimir palabras iracundas. Pero también comienza a estar consciente de un llamado especial: ya a los 10 años “la tierra no tenía atractivos para mí” y “Jesús, desde este primer abrazo, no me soltó y me tomó para sí” (S. Teresa 1993:33), a lo que hay que agregar que oye su voz después de comulgar llamándola hacia Sí pero que no hacía caso de su voz, hasta que al enfermar de apendicitis a los 14 años, oyó y aceptó su voz querida “que me llamaba para hacerme su esposa más tarde en el Carmelo” (S. Teresa 1993:34). Al cumplir 15 años, se da cuenta de que ha recibido la vida dos veces, y le da un sentido especial al haber sobrevivido a la operación, sabiendo que hay una razón: su vocación, que asume plenamente. Ya ha tomado decisiones profundas, como la de asemejarse lo más posible a Jesús, para cuyo cumplimiento pide ayuda, escribiendo: “Condúceme siempre, Jesús mío, por el camino de la Cruz. Y levantará vuelo el alma mía, donde se encuentra el aire que vivifica y la quietud” (S. Teresa 1993:39). Ha decidido desear la Cruz por amor a Jesús, porque en ella El dio su vida por amor. En esta etapa entra como interna a su colegio, situación que la hace sufrir muchísimo. Piensa que jamás se acostumbrará. Pero a pesar del sufrimiento se consuela y hasta se alegra: tiene algo

que agradecer, la oportunidad de prepararse a vivir lejos de su familia. Hace pequeños sacrificios: no come dulces, sufre valerosamente un dolor de muelas. Busca cumplir la voluntad de Dios aceptando la pena por la incertidumbre de su salud, y siente que esta pena consuela a Jesús porque le quita la Cruz, pensamiento que la conforta. Hay momentos en los que siente pena y no sabe por qué, y a tal punto que en una oportunidad se puso a llorar, pero al ver que su hermana menor la imitaba llorando, entiende que debe serenarse para que la pequeña también lo hiciera, y así fue. A veces siente deseos inexplicables de rabiar, llorar, gritar. Cuenta también sus veraneos, donde siempre hace misiones, y sus paseos y distracciones durante el año: andar a caballo, encumbrar volantines, visitar amigas, que interrumpen pasajera-mente su gran pena: estar interna y no ver a su mamá, que a veces no la visita en el internado. Pero en todo este tiempo va sintiendo y siguiendo un llamado y configurando su vida de acuerdo a él: en 1915 hace voto transitorio de virginidad, con la intención de hacerlo permanente más adelante y cada vez va deseando más vivir para Dios, volcada a la adoración de la presencia divina en el fondo de su alma mientras realiza sus actividades diarias.

Del retiro de 1916 anota algunas resoluciones y reafirma su decisión de asemejarse en todo a Jesús y no ofenderle. Percibe cómo se va conociendo a sí misma en la meditación y de cómo Jesús la ayuda dándole instrucciones sobre la unión con El, a pesar de sentir que es una “nada criminal”. Busca y logra ser humilde, pasar desapercibida, olvidarse de sí misma, no hablar de sí misma, labrar la felicidad de los demás, sacar buenas notas, todo lo cual le cuesta mucho.

En 1917 anota nuevas resoluciones, que se resumen en la de vivir “con Jesús en el fondo de mi alma, que ha de ser su casita donde El pueda descansar” (S. Teresa 1993:55). Ya ese año siente que es esposa de Jesús y que le pertenece. Pero igual la atrae ser estimada por los demás, insulta a las compañeras que se portan mal en la mesa, se enoja con las que embroman pues no le gusta las bromas pesadas, sufre porque su mamá no fue la primera en felicitarla por su santo y porque cuando sale con sus amigas éstas celebran a su hermana mayor y ésta a su vez, prefiere a la menor; de todo esto se arrepiente después al pensar en cómo habría actuado Jesús y pide perdón cada vez que puede. De otro retiro escribe que quiere ser indiferente a todo menos a Dios y a su alma. Desea “que mi inteligencia no conozca sino a El; que mi voluntad no se incline sino a El, que mi corazón y todo mi ser no pertenezcan sino a El” (S. Teresa 1993:65). Se horroriza al verse tan pecadora y teme estar separada de Jesús, pero se alegra de comprobar cómo logra vencerse a sí misma para no rabiar, no ser curiosa, no hablar de sí misma, ser humilde, amando a Jesús. Sigue intentando superar la tristeza y abatimiento que a veces la embargan inexplicablemente, luchando contra su orgullo y su vanidad, tratando de no darse gustos, de no disculparse y de ser pobre, todo ello por agradar a Dios. Ya en julio de este año escribe que quiere ser santa, tema que aparece varias veces de ahí en adelante. En septiembre escribe que se encuentra feliz de volver al colegio después de las vacaciones del 18,

porque ahí está cerca de Jesús. A veces pasaba hambre, y confiesa que una vez comió todos los caramelos que pudo y los que más le gustaban, lo que después le da pena. Es éste el año en el que se advierte la afirmación de su camino: se ofrece como víctima en su vida y en su muerte, siente que Jesús se apodera de ella, no desea sentir fervor ni no sentirlo sino que se abandona a El, queriendo sólo que se cumpla Su voluntad, viviendo recogida con El en la intimidad de su alma, donde percibe claramente su presencia, lo que la llena de felicidad y gozo. Jesús le pide que sea santa y ella se lo promete, pero junto con las mayores elevaciones sigue viviendo en la tierra: siente rabia con una profesora, es vanidosa en el vestir y presumida por su rostro, le gusta caer bien, a veces tiene ganas de portarse mal y de llorar, tira un dulce que le dieron porque era chico y no quiso recibir otro, se apena al saber que quizás no habrá veraneo ese año, porque una profesora no le habla y porque a veces se siente rara. Pero interpreta los desencuentros con las personas como una señal de que Dios la ama y la quiere sólo para El, pensamiento que la consuela. Decide comer lo que no le gusta, aceptar dolores físicos y espirituales ofreciéndolos a Dios sin quejarse, y ofrecer el peor de todos, salirse del colegio sin derramar lágrimas, exponiéndose así al riesgo de ser malinterpretada por compañeras y profesoras.

En 1918 comienza a sentir arrobamientos pero también grandes penas interiores a causa de no tener gusto por la oración y dudar sobre su vocación religiosa. Una vez fuera del colegio, la vida hogareña le permite vivir de acuerdo a un horario y persevera en la oración venciendo su disgusto. Sigue cultivando amistades alegremente pero realizando poca vida social a causa de la falta de medios para ello.

Todo esto que he reseñado está escrito en el diario y tomado de sus propias palabras, en las que desea, ansía, pide, da gracias, toma decisiones, pide perdón, hace votos, se examina y se califica a sí misma, formula y cumple propósitos, vierte sus sentimientos de pena, alegría, frustración, desconcierto y esperanza, se anima a sí misma, evalúa su caminar críticamente y lo rectifica, percibe su libertad y busca usarla según recibe luces, ora, reflexiona, cuenta lo que Jesús le dice y sus esfuerzos por cumplirlo. Es en estas palabras donde vemos a Teresa en acción, luchando sin desfallecer, buscando primero conocer su meta y después, incansablemente, el modo de lograrla, siguiendo su camino a medida que lo va percibiendo. A través de ellas Teresa actuó en su alma, en estas palabras que son a la vez actos y que por ser palabras de su diario, eran sólo para sí misma y para Jesús, producto y reflejo de su trato íntimo con El. Por ello su intención fue destruirlo, cosa que afortunadamente no sucedió.

Siendo su Diario muy explícito en cuanto a narrar con toda franqueza las caídas y victorias de su camino, sus experiencias más profundas y más cruciales, que dicen relación con su permanencia cada vez más prolongada en el interior de su alma atraída por la presencia de Dios, sucedieron sin palabras por eso mismo: porque tuvieron lugar en ese ámbito que está más allá de ellas: Dios en su alma, ante quien puede permanecer amándolo sin palabras. Ella misma lo insinúa refiriéndose a su diario poco antes de entrar al monasterio y que ahora cito in extenso: "Es preciso que,

cuando me encierre en el Carmelo, mueran todos estos recuerdos del destierro para no vivir sino la vida escondida en Cristo. Mi mamá y la Rebeca me lo han pedido, pero son cosas tan íntimas del alma que a nadie, a ninguna criatura, le es permitido penetrar. Sólo Jesús lo puede leer. Su mano divina tiene la delicadeza suficiente para tocarme y no herirme. Además, encierran estas páginas tantas miserias, tantas infidelidades, que sólo por ese motivo me gustaría que lo leyesen. Mas, hay favores que Dios hace a las almas escogidas que no se deben saber y que sólo el alma debe recordar” (S. Teresa:100)

### BIBLIOGRAFÍA

- Bruss, Elisabeth (1974). “L’autobiographie considérée comme acte littéraire”. En: POETIQUE 17. París, Seuil.
- van Dijk, Teun (1989). Estructuras y funciones del discurso. México, S. XXI.
- van Dijk, Teun y otros (1977). Pragmática de la literatura. Compilación de José Antonio Mayoral. Madrid, Arco/Libros.
- Lejeune, Philippe (1993). “Le je des jeunes filles”. En: POETIQUE 94. París, Seuil.
- Lejeune, Philippe (1972). “Le pacte autobiographique (bis)”. En: POETIQUE 14. París, Seuil.
- Pratt, Mary Louise (1977). Towards a Speech Act Theory of Literary Discourse. Bloomington, Indiana University Press.
- Ricoeur, Paul (1983). Texto, testimonio y narración. Santiago, Andrés Bello.
- Risopatrón, Ana María (1992). Teresa de los Andes, Teresa de Chile. Santiago, PAULA Ediciones.
- Rousset, Jean (1989). “Le journal intime, texte sans destinataire?” En: POETIQUE 56. París, Seuil.
- Santa Teresa de los Andes (1993). Diario y Cartas. Introducción, revisión del texto y notas de Marino Purroy. Santiago, Ediciones Carmelo Teresiano.
- Stein, Edith (1950). Endliches und ewiges Sein. Louvain, Nauwelaerts; Freiburg, Verlag Herder.